

humana», la idea de lo útil, de lo bello, de lo cierto, etc.; tal como se manifiestan en la vida intelectual y social. Guizot generaliza todavía más la idea de civilización. Es para él un factor de la mayor realidad. La llega a considerar como medida de los factores aislados de la vida histórica. La divide en dos corrientes: la del progreso individual y la del social. Con esta definición sufre un retorno hacia la época de la «Aufklärung». Pierde, de aquí en adelante, su originalidad, llegando a ser insubstancial y generalizadora. De su primitiva elevación filosófica desciende cada vez más hacia un ambiente de propaganda política, con especial acentuación de la oposición de la espiritualidad latina y germánica.

Con este bosquejo termina bruscamente la investigación. Para el lector sería de desear que recién comenzara aquí, pues, juntamente desde este punto de vista cultural-psicológico,—que el autor evita a sabiendas—, puede tener interés para nosotros la idea de civilización. Después de un gran dispendio de energías y estudios ha conseguido finalmente poca cosa. Y a pesar de que el autor trata de captar desde diferentes puntos de vista, ya sean filosóficos, histórico-literarios, histórico-filosóficos, la idea de civilización, ésta se le escabulle una y otra vez sin aportar nada para esclarecer su formación. Tampoco se desprende de ninguna parte del trabajo, el por qué su autor investigó justamente en Francia el desarrollo de la noción de civilización. Como le amedrenta observar la idea de civilización desde un plano latino o simplemente francés, se puede decir que todo el trabajo no tiene fundamentos. Le falta interés filológico por el inmenso material acumulado que hace imposible una revisión fundamental. El interés histórico-filosófico está resentido por constantes desviaciones hacia futelezas literarias. Es de lamentar, que el autor, por temor de ser parcial, no haya llegado a una concepción más rígida.—*Edith Oppens.*

Warner Lange: *Friedrich der Grosse und die Geistige Welt Frankreich.* (*Federico el Grande y el mundo intelectual francés*) (1).—Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen. Seminar fuer romanische Sprachen und Kultur. Hamburgo, 1932. 195 págs.

En una corta y rápida ojeada biográfica acerca de la juventud de Federico, nos muestra el autor cuán grande fué la influencia francesa en la corte prusiana aun durante el tiempo del rey-soldado. Nos muestra, también, cómo esta circunstancia facilitó a Federico el desarrollo de su natural inclinación por la intelectualidad francesa. Ya en el cuerpo del trabajo, le interesa al autor el juico de Federico sobre las obras de los autores franceses en las más variadas materias. Nos hace notar de antemano que Federico en manera alguna fué un ciego partidario del espíritu francés, sino que eligió y valorizó según diversos puntos de vista, los que estaban de acuerdo con su originalísima manera de ser.

En filosofía aprecia Federico, ante todo, a los resueltos Aufklaerer, que libertaron el pensamiento humano de la autoridad de la Iglesia. Es

(1) Esta reseña, escrita en alemán, fué traducida por el señor Luis Fuentealba Weber.

así como alaba a Gassendi, el opositor de Descartes, moderno continuador del epicureísmo, y, sobre todo, al estoico Bayle. Para él, es con éste, en quien la filosofía alcanza su punto álgido. No solamente las teorías de la Aufklärung de Bayle merecieron su más alto reconocimiento, sino también su método académico, en el cual sobrepasa aún a un Cicerón. En el mismo plano de Bayle puede mantenerse solamente un Fontenelle. El esteta que vive en Federico, aprecia en él su lenguaje gracioso, y el bello equilibrio que existe entre el filósofo y el escritor. De una manera extraña ve en Voltaire, ante todo, al hombre que ayudó a Locke y Newton a alcanzar la victoria sobre Descartes. Le admira más como poeta que como filósofo.

Los historiadores que más impresionan a Federico, son Montesquieu y Bossuet. Aun cuando impugna a Bossuet su tendencia católica, le admira, sin embargo, como al creador de la filosofía de la historia, la que muestra una correspondencia lógica del acontecer. En Montesquieu, al que respeta, además, como gran legislador moderno, encontró también una especulación filosófica de la historia. Lo que más alaba de la obra histórica de Voltaire es su *Histoire du siècle de Louis XIV*. En general, estima que los franceses no han alcanzado la altura de los latinos como expositores de la historia.

El marcado sentido de Federico por la claridad y belleza del estilo, tenía que hacerle llegar a ser un admirador de la retórica francesa. La retórica de la elocuencia de Bossuet le impresiona profundamente. Compara al autor de las *Oraisons funèbres* con Demóstenes. A las obras que no siendo discursos, han sido realizadas, sin embargo, bajo el sentido de la elocuencia, pertenecen las *Lettres persannes* de Montesquieu, a las cuales Federico reconoce un valor duradero. Como prosista considera a Montesquieu aun en un plano superior al de Voltaire, pues aprecia mayormente al lírico y al dramaturgo.

Con respecto a la poesía, a la que tan aficionado era Federico, fué Boileau su guía intelectual. Está de acuerdo con él hasta en sus apreciaciones mínimas. El autor acentúa el hecho de que Federico no ama en él sólo al teórico artístico, sino más bien al poeta, como por regla general, es el momento estético y formal el que impresiona de inmediato su crítica. En la lírica prefiere el vuelo heroico de las odas de J. J. Rousseau. A la lírica rococó de la época la reconoce como una forma especial más refinada de la conversación social, pero, raras veces como obra de arte. Voltaire es para él un verdadero dios de la versificación. La *Henriade* es la obra de Voltaire que más aprecia, porque éste guarda en ella las tradiciones del tiempo de Luis XIV. Esto tiene para Federico el significado de un ideal que tiende a desaparecer. La aprecia también, porque sobrepasó en maestría, aun todas las obras del gran «siècle». Federico le pide a la tragedia, además de la perfección, el poder de conmover y arrastrar los corazones. En esto es a Racine al que juzga como el más grande. En él admira el armónico equilibrio clásico, la perfecta unidad de contenido y forma. Para Federico, el arte escénico alcanza con Voltaire por segunda vez un punto culminante. A pesar de toda su admiración, critica la obra dramática de Voltaire, y es sólo *Merope* la única obra dramática a la cual aplaude sin reservas.

Para Federico, la comedia juega un papel secundario. Es una dis-

tracción a la cual el hombre puede abandonarse únicamente después del trabajo. Sólo el genio de un Molière pudo tener éxito en algunas de sus creaciones, para llevar este género más allá de sí mismo. En Molière aprecia ante todo su gran naturalidad, junto a su gracia para producir la risa. La comedia burguesa contemporánea, sea de un Marivaux, o la comedia «larmoyante», la rechaza absolutamente. Su gusto, que tenía una orientación clásica, estaba obligado a desechar como inartística la fusión de géneros.

En una consideración final, el autor muestra cómo el interés de Federico por la vida intelectual contemporánea de Francia decae a medida que envejece. A esto lo condujeron el creciente aburguesamiento de todos los géneros artísticos y la crítica revolucionaria de los enciclopedistas acerca del estado. Se ensimismaba cada vez más en las obras de los clásicos y de Voltaire, que descubrió en Rheinsberg. Estas le acompañaron durante la guerra de los siete años y pasaron a ser su consuelo y su alegría en el palacio de Sanssouci.

El mejor resultado de este claro trabajo,—sagazmente consciente en hacerse discreto,—reside en que nos hace aparecer los sentimientos artísticos de Federico contemplados bajo nuevos aspectos. El autor indica de una manera convincente que no es la comparación del gusto de Federico con el nuestro, o la afirmación de su «mal gusto» lo que debemos considerar, sino, por el contrario, comprender el por qué Federico, dado su temperamento, se dejó influir por tal o cual obra. Junto a esto, aparecen continuamente dos rasgos principales: Federico ve en el arte un asunto aristocrático, creado por la sociedad para la sociedad. El valoriza con especial cariño, desde un punto de vista estético, y no del contenido, la armonía clásica. (El aparente rompimiento de estos principios, por la valorización de los sentimientos en la tragedia, no dicen nada en contra de ellos). En todas sus partes, el autor ha logrado establecer una unión entre la solidez científica y la concepción orgánica de la personalidad. De esta manera el lector se forma un cuadro bien completo, a pesar de ser esta obra un tema especializado.—*Edith Oppens.*

Mc. Kendree Petty: *Some epics imitations of Ercilla's «La Araucana».*

—Tesis doctoral presentada a la Universidad de Illinois, para obtener el título de doctor en filosofía. Illinois, 1930.

Esta tesis no merece un comentario muy extenso en vista de que el autor no llega a conclusiones nuevas ni resultados sorprendentes en esta materia.

Copia fielmente los juicios de los conocidos historiadores de la literatura española: Menéndez y Pelayo, Barros Arana, Hurtado y Palencia, etc., con lo cual la ciencia no ha adelantado mucho, pues, a todo aficionado a la literatura le es conocido que el *Arauco Domado* de Pedro de Oña; *La Araucana* cuarta y quinta parte, de Santisteban Osorio; *Las guerras de Chile*, atribuidas a Mendoza Monteagudo; y el *Purén Indómito* de Alvarez de Toledo, son imitaciones de la obra de Ercilla y que estas producciones son muy inferiores a la obra del gran épico español.